Chocolate Dubái

En Alemania el chocolate Dubái está pegando duro. Tanto es así que hace escasas semanas los agentes de aduanas germanos acusaron de evasión fiscal a un treintañero que escondía en su vehículo 243 cajas con 45 kilos de chocolate Dubái. La fascinación que provoca este chocolate relleno de pasta de pistacho y pasta kataifi tostada no solo empuja al contrabando, sino también a la gula y la avaricia -aparte de al sobrepeso-. Los clientes de una cadena de supermercados teutona han estado a un tris de provocar algaradas callejeras a causa de este dulce ideado en uno de los lejanos Emiratos Árabes Unidos. El supermercado, jugando a ser el señor Wonka, había escondido un boleto dorado entre todas sus tabletas de chocolate. Quien encontrase ese trofeo sería elevado al cielo de los más chocolateros: barra libre del dulce Dubái y un viaje hasta ídem, para visitar el epicentro de este terremoto gustativo y económico. Pese a su elevado precio, no hay ni un solo recoveco de Alemania que haya quedado sin colonizar por esta golosina. Hasta en las máquinas expendedoras de la gasolinera hay múltiples latas de bebidas chocolateadas estilo Dubái. En redes sociales, como era previsible, la *folie* al respecto es absoluta, también en el contexto español. Ante la pregunta de si he probado el chocolate Dubái, responderé que me gusta el enfoque vital de Eva Amaral, feliz en su pequeño pueblo y capaz de afirmar con sorna que “esto de la leña es el nuevo crossfit.” Parafraseándola, “esto de la torrija es el nuevo Dubái”.

Katia Fach Gómez es profesora de Unizar